****

**Unión Puertorriqueña**

**Departamento de Vida Familiar**

**Sermones y Seminarios**

**Semana Vida Familiar**

**Febrero 7-13, 2015**

****

**CONTENIDO**

**Lecciones del Síndrome de Lázaro 3**

# Conducirlos con alegría al reino de Dios 10

# 

# 

**Aprendiendo a perdonar 17**

# Haciendo discípulos para Jesús 25

# 

# Alcanzados por una pizca de sal 35

**LECCIONES DEL SÍNDROME DE LÁZARO**

Por Willie y Elaine Oliver

**Lect. bíblica: Juan 11:1-44**

**Introducción**

Estaba húmedo y frío esa tarde de Marzo de 2013, cuando nuestro tren llegó a Venecia. Después de casi dos semanas en Italia asistiendo a varios eventos ministeriales de la División Intereuropea nos estábamos preparando para tomar un avión de regreso a casa a la mañana siguiente tras cinco semanas muy demandantes en la carretera.

Cansados y un poco aburridos de la carretera jugueteamos con la idea de solo ir a dormir. Sin embargo, estábamos en Venecia, uno de los más importantes destinos turísticos del mundo por su célebre arte y arquitectura, además de sus restaurantes, tiendas, canales, góndolas y decenas de puntos de venta de helados por toda la isla.

No nos perdonaríamos después el haber pasado por alto la oportunidad de visitar aunque sea por un poco de tiempo, a pesar de haber estado allí antes. Venecia es la clase de ciudad que se puede visitar muchas veces y aun así querer regresar para vivir la experiencia de nuevo. Así que, tomamos el autobús #5, frente a nuestro hotel cerca del aeropuerto Marco Polo en lo que se considera la parte continental—hacia Piazzale Roma—después de cruzar el puente Ponte della Libertà, de donde podríamos tomar un taxi acuático hacia Piazza San Marco, o una de las varias paradas famosas a lo largo del camino, o simplemente tomar el paseo de 35 minutos hacia la plaza.

Optamos por caminar. Grave error. Ya había oscurecido y la precipitación que caía se había vuelto más pesada que una llovizna, pues el viento aumentó su intensidad. A pesar de las luces de la calle—un camino que fue relativamente fácil de sortear durante el día, simplemente siguiendo las indicaciones—el agotamiento combinado con las variables ya mencionadas, nos alejó de nuestro camino, antes de que supiéramos realmente lo que había sucedido.

¡Estábamos perdidos! Las calles que una vez habían estado atestadas, ahora se encontraban vacías y desiertas. El Gran Canal estaba a nuestra derecha—nunca antes habíamos caminado tan lejos—estaba oscuro, con viento, lluvioso y aterrador, como si las sombras jugaran con nuestras mentes. Lo que se suponía que sería una tarde de ocio y descanso, se había tornado en preocupación y angustia pensando cómo podríamos salir ilesos de esta difícil situación. Oramos en busca de paz y orientación. Después de varios minutos que parecieron una eternidad, dimos vuelta en la esquina para tomar un taxi acuático que nos llevara de vuelta a un lugar más seguro y familiar.

Nuestras vidas en la tierra están llenas de circunstancias impredecibles. Antes de que nos demos cuenta de nuestra condición, nuestro futuro se lanza a una realidad completamente inesperada. En medio de tal aflicción, Dios está llamándonos para conocerlo, confiar en él y llegar a ayudar a nuestros hermanos y hermanas que confrontan la volatilidad, inestabilidad y complejidades de la vida en el tercer milenio.

Oremos.

**I. La noticia de la enfermedad de Lázaro**

En Juan 11:1-16 la Biblia declara: (RV1960)

Estaba entonces enfermo uno llamadoLázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos. Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Oyéndolo Jesús, dijo: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: “Vamos a Judea otra vez”. Le dijeron los discípulos: “Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?” Respondió Jesús: “¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él”. Dicho esto, les dijo después: “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle”. Dijeron entonces sus discípulos: “Señor, si duerme, sanará”. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él”. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: “Vamos también nosotros, para que muramos con él”.

Jesús fue grandemente despreciado por los dirigentes religiosos de Jerusalén. Con nada más que rituales vacíos para ofrecer a un pueblo cada vez más hastiado de la opresión romana y de posturas religiosas que requieren mucho, pero ofrecen poco, la llegada de Jesús a la escena espiritual era para la transformación de los descendientes de Abraham que esperaban al Mesías.

Después de ser bautizado por su primo Juan en el río Jordán y ser identificado por Dios como el prometido, mediante la paloma que descendió sobre él y la voz audible de Dios afirmándolo, Jesús acoge a sus primeros discípulos y realiza su primer milagro al convertir el agua en vino en las bodas de Caná en la región de Galilea.

Tras el milagro en Caná, que fortalece la fe de los discípulos, Jesús pasa unos días en Capernaum con su madre, hermanos y discípulos, luego se dirige a Jerusalén donde *echa* fuera del templo a los que se habían olvidado de que era un lugar para adorar a Dios, en vez de un lugar para hacer dinero a costa de los demás. Llama la atención de los dirigentes religiosos que se sienten acusados por su falta de honestidad espiritual y se gana enemigos mortales, que empiezan a conspirar contra su vida.

Muchos milagros siguen para ayudar a impresionar en las mentes de todos que Jesús no es un profeta ordinario. El hombre sanado el día sábado en el estanque de Betesda, la alimentación de los cinco mil, la sanidad de los enfermos, la mujer sorprendida en adulterio que recibe el perdón y la curación de un ciego en el sábado, que más tarde es expulsado del templo por los dirigentes. Estas y más grandes señales siguen al hijo de María y José.

Cada acto subsecuente de Jesús para romper los lazos de Satanás sobre la gente, fortalece su creencia en él como Mesías y levanta la ira de los desacreditados dirigentes religiosos. Con su desaparecido poder y su irrelevante importancia ante las masas, conspiran para deshacerse de Jesús. En este punto se encuentra Jesús, cuando se entera de la enfermedad de Lázaro.

Lázaro, Marta y María eran amigos especiales de Jesús. Sin duda, eran fieles discípulos del Rabí de Galilea. Pero más que eso, eran familia. En una atmósfera cargada de sospechas y vil hostilidad contra él por parte de los fariseos y saduceos—los líderes religiosos de aquellos días—el hogar de este trío en Betania se había convertido en un oasis de bienvenida, donde Jesús podía relajarse y dejar detrás las tensiones de su ministerio diario.

La resurrección de Lázaro solo se registra en el evangelio de Juan. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) se limitan a lo que Cristo hizo en Galilea, que es donde pasó la mayor parte de su tiempo. Este milagro se registra con más amplitud que cualquiera de los otros milagros de Cristo, ya que es en sí mismo una gran prueba de su misión y un precursor de lo que ha de ser la prueba suprema de todas—la propia resurrección de Cristo (Henry, 1994).

La respuesta de Jesús a la noticia de que Lázaro estaba enfermo, era confusa para los discípulos. Marta y María habían enviado a un mensajero para compartir con Jesús la triste noticia. Seguramente, no habrían pasado por todos ese problema, si la situación no fuera grave, triste y potencialmente desastrosa. Y sin embargo, Jesús toma la noticia de una manera tranquila, fría y serena. “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios…” (Juan 11:4).

Dos días después de que Jesús recibe la noticia acerca de Lázaro, les dice a sus discípulos que debían ir a Judea—el área que incluía Jerusalén, que estaba a poco más de tres kilómetros de Betania—donde vivían Lázaro, Marta y María. Los discípulos no comprendían a Jesús. Dos días antes, cuando podía haber hecho algo por la evidente enfermedad terminal de Lázaro, ya que ellos ya antes habían sido testigos de su poder sanador, Jesús parece distante. Ahora que no existe razón de peso para ir a Betania, los discípulos están preocupados por la seguridad de Jesús, puesto que ya no es un secreto que los gobernantes en Jerusalén están tramando su muerte. Y la reciente decapitación de Juan el Bautista sin la intervención de Jesús, levanta dudas, aunque sea levemente, acerca de la verdadera persona de Jesús.

Acerca de esta realidad, Elena de White declara en *El Deseado de Todas las Gentes*:

Durante aquellos dos días Cristo pareció haberse olvidado del caso; porque no habló de Lázaro. Los discípulos pensaban en Juan el Bautista, precursor de Jesús. Se habían preguntado por qué Jesús, que tenía el poder de realizar milagros admirables, había permitido que Juan languideciera en la cárcel y muriese en forma violenta. Ya que poseía tal poder, ¿por qué no había salvado Jesús la vida de Juan? Esta pregunta la habían hecho con frecuencia los fariseos y la presentaban como un argumento incontestable contra el aserto de Cristo de ser Hijo de Dios. El Salvador había advertido a sus discípulos acerca de las pruebas, pérdidas y persecuciones. ¿Los abandonaría en la prueba? Algunos se preguntaban si no habían estado equivocados acerca de su misión. Todos estaban profundamente perturbados. (1940, p. 484, 485).

**II. Jesús visita a las hermanas dolientes**

En Juan 11:17-32 el registro dice: (RV 1960)

Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios [más de 3 kms.]. Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta le dijo: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”. Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” Le dijo: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”. Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: “El Maestro está aquí y te llama”. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: “Va al sepulcro a llorar allí”. María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”.

El dolor de Marta y María es palpable a medida que cada una toma su turno para hablar con Jesús. Es de inspirar la realidad de que a pesar de su desilusión y profundo dolor, de manera independiente, ambas confiesan su fe en Jesús y quien él dice que es. Ambas hermanas también creen sinceramente que si Jesús hubiese estado en Betania, su hermano no habría muerto. ¡Qué fe tan maravillosa!

La verdad es que de haber estado Jesús en Betania durante la enfermedad de Lázaro, éste no habría muerto. A pesar de que sus discípulos, Marta y María no pudieron entender en ese momento su respuesta, la decisión de Jesús de demorarse en venir a visitar a Lázaro durante su enfermedad era por el solo propósito de fortalecer la fe de sus discípulos—quienes tendrían que soportar muchas cosas después de su ascensión—así como también la fe de Marta y María, quienes tendrían que estar convencidas de que Jesús era verdaderamente el Mesías esperado. Jesús también quería aportar alguna evidencia para muchos que aún no creían en él, de que él era verdaderamente quien decía ser, el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Matthew Henry aclara esta idea al afirmar: “Los milagros de Cristo en Galilea fueron más *numerosos,* pero los que hizo en o cerca de Jerusalén fueron más *ilustres;* allí sanó al que había estado enfermo por *treinta y ocho años*, otro que había sido ciego *desde su nacimiento*, y levantó al que había estado muerto por *cuatro días”.* (1994)

Elena de White añade:

Si Cristo hubiese estado en la pieza del enfermo, Lázaro no habría muerto; porque Satanás no hubiera tenido poder sobre él… Por lo tanto, Cristo permaneció lejos. Dejó que el enemigo ejerciese su poder, para luego hacerlo retroceder como enemigo vencido… Al demorar en venir a Lázaro, Jesús tenía un propósito de misericordia para con los que no le habían recibido. Tardó, a fin de que al resucitar a Lázaro pudiese dar a su pueblo obstinado e incrédulo, otra evidencia de que él era de veras “la resurrección y la vida”. (1940, p. 487).

**III. Jesús levanta a Lázaro de entre los muertos**

El relato bíblico se presenta en Juan 11:33-44:

Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió. Y dijo: “¿Dónde le pusisteis?” Le dijeron: “Señor, ven y ve”. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: “Mirad cómo le amaba”. Y algunos de ellos dijeron: “¿No podia éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?” Jesús, profundamente conmovido otra vez vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: “Quitad la piedra”. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: “Señor, hiede ya, porque es de cuatro días”. Jesús le dijo: “¿No te he dicho que si crees, versa la Gloria de Dios?” Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado”. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!” Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: “Desatadle, y dejadle ir”.

¡Qué realidad tan excepcional! Que Jesús, sabiendo que va a levantar a Lázaro de entre los muertos, todavía puede sentir el dolor del sufrimiento humano y empatía hasta el punto de las lágrimas. Este relato, más que ningún otro en las Escrituras, escenifica cuánto se identifica Cristo con el sufrimiento humano.

Jesús pide ver a Lázaro a medida que se acerca a la tumba y solicita que la piedra que cubre la tumba sea removida. Marta se opone, ya sea para proteger a Jesús del hedor del cuerpo en descomposición—ya han pasado cuatro días desde que Lázaro fue puesto en la tumba—o tratar de conservar la dignidad de su hermano de ser expuesto al público en un estado de putrefacción. Jesús recuerda suavemente a Marta quién es y que va a hacer lo que ha venido a hacer.

Después de haber sido acusado de realizar milagros por el poder de Satanás y con el deseo de dejar en claro quién es él, Jesús pide al Padre, así que es inequívoco que ha pedido el poder de Dios. Jesús desea también dejar ejemplo a sus discípulos de que el poder del que ellos dependerán en el futuro es el de Dios y no del de ellos. El dador de la vida ordena a Lázaro que salga; no que vaya hacia abajo o hacia arriba, pues Lázaro no está ni en el cielo ni en el infierno, sino en la tierra, donde no tenía noción de nada. Como el escritor de Eclesiastés declara acertadamente: “Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol”. (9:5, 6).

Al llamado de Jesús, Elena de White comparte: “Hay agitación en la tumba silenciosa, y el que estaba muerto se pone de pie a la puerta del sepulcro. Sus movimientos son trabados por el sudario en que fuera puesto, y Cristo dice a los espectadores asombrados: ‘Desatadle, y dejadle ir’” (1940, p. 493).

Rompiendo con la convención humana, Lázaro vuelve a la vida, recibido con alegría y acción de gracias por sus afligidas hermanas, quienes reciben a su hermano como un regalo del Maestro.

Independientemente de las circunstancias difíciles en nuestras vidas, debemos recordar siempre que Dios está al control, cuida de nosotros y nos conduce.

**IV. El impacto del milagro en los testigos**

En Juan 11:45-48 se registra:

Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: “¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación”.

Es verdaderamente notable la reacción humana a lo inédito y espectacular. Es indiscutible que Lázaro una vez estuvo muerto y ahora está vivo. Aquellos que son propensos a creer, lo hacen con una fe asombrosa. Sin embargo, los que optan por ser escépticos frente a la verdad, encontrarán razones para dudar y no creer en Jesús. Nuestro compromiso debiera ser compartir a Jesús, pues siempre hay alguien dispuesto a creer las evidencias presentadas por la providencia de Dios y su Palabra.

**Conclusión**

Lázaro estaba muerto cuando Jesús llegó a la tumba. Al llegar al sepulcro a tiempo (cuatro días después de la muerte de Lázaro), con el fin de llevar la luz y la salvación a muchos, Jesús llama a su amigo Lázaro, quien oye su voz desde el sepulcro y empieza a moverse. Cuando escuchamos la voz de Jesús, no importa donde estemos—qué lugar, qué condición, qué circunstancias, qué relación ilícita—si vamos a vivir de nuevo, debemos responder. Lázaro oye la voz y responde, pero aún tiene las ropas del sepulcro. Debe ser desatado mediante el proceso de la fe que reside en el cuerpo de Cristo; la familia de la iglesia.

Esto es por lo que *tiene que atravesar la familia*: caminar con Jesús hasta el sitio donde los que han muerto vienen a novedad de vida, y como miembros de la familia de Dios asumen la responsabilidad de hacer discípulos de los nuevos creyentes que se quitan las ropas del sepulcro de sus vidas pasadas llenas de pecado.

En Isaías 55:8,9 se comparte el mismo importante mensaje: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” A menudo no entendemos los caminos de Dios; de por qué suceden las cosas como suceden. Sin embargo, debemos estar en sintonía con el Espíritu de Dios para reconocer que Dios sabe lo que está hacienda y que está preparando cosas para nuestro bien; pues “…sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien…” (Romanos 8:28).

Dios nos ha llamado a compartir con nuestros familiares, vecinos y amigos nuestras experiencias acerca de su fidelidad en momentos de desaliento, desánimo y desesperación. Esa tarde en Venecia fue simplemente un recordatorio de Dios para nosotros de que a pesar de las situaciones de aprensión, duda y temor, nunca fallemos en depositar nuestra confianza en él. Después de todo nos recuerda mediante su Palabra en Isaías 41:10: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”.

Que Dios nos ayude a aprender de las lecciones del síndrome de Lázaro y al hacerlo, que crezca nuestra fe y confianza en él.

**Referencias**

Henry, M. (1994). *Matthew Henry’s commentary on the whole Bible: Complete and unabridged in one volume* (Jn 11:1-49). Peabody: Hendrickson.

White, E. G. (1940). *DTG.* Mountain View, CA: Pacific Press Publishing Association.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

**Willie Oliver,** PhD, CFLE **y Elaine Oliver,** MA, CFLEson directores del Departamento de Ministerio de la Familia para la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día con sede en Silver Spring, Maryland, USA.

# CONDUCIRLOS CON ALEGRÍA AL REINO DE DIOS

*Por Clair y Jon Sanches*

**Lect. bíblica: Salmos 78:1-7**

## Introducción

Un día un estudiante en la India, que no se sentía bien consigo mismo, fue con su maestro de filosofía y le preguntó: “Profesor, ¿cuál es el verdadero valor de un ser humano?” Dándole una piedra, el profesor le dijo: “Trata de descubrir su valor”. El muchacho fue al supermercado y le preguntó al encargado: “¿Cuánto da por esta piedra?” “5 kilos de papas”, respondió el comerciante. Fue al lado con el que vendía pescado. “Diez atunes” dijo. Dándose cuenta del incremento en su valor, se fue con el joyero de la cuadra. “Te daré mil rupias” dijo. Finalmente se armó de valor y fue con el joyero más famoso del pueblo. El joyero tomó la piedra, fue a la parte posterior de su negocio y estuvo allá por un rato. Muy emocionado, regresó y exclamó: “Joven, ten mucho cuidado con esta piedra, es de enorme valor. Nunca la vendas. Puedes pedir lo que quieras por ella”. Sosteniendo firmemente la piedra, fue de Nuevo con su profesor y le platicó su experiencia. “Así pasa con los seres humanos” dijo su profesor. “Todo depende de cómo se valore uno mismo. Algunos tienen baja autoestima y se valoran por muy poco. Los que tienen un alto sentido del valor no se consiguen fácilmente. Cuanto más te das cuenta de tu verdadero valor, más feliz serás”.

## Dios valora a cada persona de manera individual

Una sana autoestima es de gran valor para cualquier persona. En gran medida este sentido del valor determina la forma como nos sentimos o pensamos acerca de nosotros mismos. Exponer a los niños a este sentido básico de la conciencia, es una tarea primordial de la familia. Este mismo principio se aplica a la familia de la iglesia. Es importante expresar nuestro aprecio y un sentido de reconocimiento a cada miembro de la familia de la iglesia. Esto es de vital importancia, especialmente al interactuar con niños y jóvenes. Es más difícil de aceptar el amor incondicional de Dios y llegar a tener plena conciencia del amor de Jesús, cuando nuestro sentido del valor ha sido dañado, por la manera en que hemos sido tratados. El apóstol Pedro dice: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un codero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18, 19). Dios pagó el precio más alto en Jesús por cada niño nacido en este planeta. Por lo tanto, cualquier humano que no herede la tierra nueva, es una vida desperdiciada. Cada ser humano vale la sangre de Jesús.

## La orden de Dios a las familias de Israel

Dios tiene a la familia en alta consideración. Nos encomendó el don de la procreación y la enorme responsabilidad de cuidar de nuestros hijos. Jesús llegó a este mundo como un bebé vulnerable y él mismo fue confiado al cuidado de una familia. Dios mismo reveló a su siervo Moisés, el esquema universal de cómo educar a la familia.

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas. (Deuteronomio 6:4-9)

En otras palabras, cuando usted se relaciona con los niños y jóvenes, cuando juega con ellos, trabaja con ellos, los cuida; los guía alegremente y con oración hacia la vida eterna. El principal llamado de Dios a todos los padres y adultos en todas las culturas, es el compromiso y adhesión a él, la fuente máxima de amor y vida. Aquí es donde todo empieza, un apego personal, así como un sólido fundamento afianzado y arraigado en Jesús. Luego les encarga a los padres que inspiren y guíen a la siguiente generación para conectarlos con su Creador y Salvador. En el libro de los Salmos, se expresa en una hermosa y sincera oración el profundo deseo de orientar a la siguiente generación para que se conecte con Dios:

Escucha, pueblo mío, mi ley; inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. Abriré mi boca en proverbios; hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos, las cuales hemos oído y entendido; que nuestros padres nos las contaron. No las encubriremos a sus hijos, contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su potencia, y las maravillas que hizo. Él estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos; para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, a fin de que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos. (Salmos 78:1-7)

**¿Por qué era tan importante recordar a las familias de Israel su principal deber?** Moisés condujo a una generación de padres que nacieron en el desierto, cuyos hijos crecerían en la Tierra Prometida. La siguiente generación no conocería la experiencia de la esclavitud egipcia. No sabrían la crueldad de una vida de como esclavos de Faraón y una dependencia absoluta de Dios.

No sabrían de la milagrosa liberación de Dios. Todo lo que conocerían sería la tierra que fluye leche y miel y que tiene prosperidad material. Serían capaces de comprar sus propias tierras y construir sus propias casas. Sus abuelos habían experimentado el éxodo y dependieron de Dios durante las incertidumbres de la vida en el desierto. Pero los hijos en Canaán no tendrían las experiencias con Dios que tuvo la generación que les precedió y estarían en peligro de aferrarse a un falso sentido de seguridad. Debido a que ellos no conocieron a Dios de primera mano, surgirían preguntas como: “Mamá, ¿por qué guardamos el sábado?” Papá, “¿por qué dar el diezmo, por qué todas estas leyes de la carne limpia y la inmunda, por qué las ofrendas, el culto y la oración? ¿Por qué siguen todos estos principios?” Deuteronomio 6:20, 21 dice: “Mañana cuando te preguntare tu hijo, diciendo: ‘¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó?’ Entonces dirás a tu hijo ….”

Detengámonos aquí por un momento y hagámonos la pregunta: **¿Qué es lo que se suponía que debían decir a la siguiente generación?** Deuteronomio 6:21 dice: “entonces dirás a tu hijo: ‘Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa.’” Debían compartir su experiencia personal y comunitaria con Dios. Su legado spiritual, dar cuenta de su origen, su historia, su destino y su caminar con Dios y lo que él significaba para ellos. Lo que primero debía compartirse consistía en la experiencia directa que habían tenido con Dios. Sin sermonear, sino compartiendo el amor, la fidelidad y el poder de Dios en sus vidas. Los niños y los jóvenes adultos que se crecían en Canaán tenían que relacionarse y convivir con padres y adultos de la comunidad, quienes los inspirarían para caminar con Dios, a través de la vida piadosa y compartida.

De esta manera, el significado espiritual profundo de las prácticas que se originaron en su caminar con Dios, mantendrían su importancia como una señal que apunta al reino de Dios.

Es parte de nuestro dilema humano que de manera natural nos desviemos de nuestro Creador y Salvador hacia la idolatría. Las prácticas religiosas entonces, se convierten en un fin en sí mismas, en lugar de ser señales que nos dirijan a Jesús.

## Dios es muy serio en cuanto a esto

Esto ocurrió en diversas etapas de la historia de Israel. Una y otra vez el legado espiritual colectivo del pueblo de Dios se erosionaba en meras prácticas religiosas rituales. A veces perderían de vista completamente a Dios y volverían a prácticas que no podemos comprender.

Muchos siglos después de que Dios revelara su plan a Moisés, el profeta Jeremías fue llamado para enfrentarse a las familias y dirigentes, el pueblo escogido, con un mensaje urgente. Habían recurrido a prácticas espantosas. Jeremías 19:1-7 presenta la escena:

Así dijo Jehová: “Ve y compra una vasija de baro del alfarero, y lleva contigo de los ancianos del pueblo, y de los ancianos de los sacerdotes; y saldrás al valle del hijo de Hinom, que está a la entrada de la puerta oriental, y proclamarás allí las palabras que yo te hablaré. Dirás, pues: ‘Oíd palabra de Jehová, oh reyes de Judá, y moradores de Jerusalén. Así dice Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo mal sobre este lugar, tal que a todo el que lo oyere, le retiñan los oídos.

Porque me dejaron, y enajenaron este lugar, y ofrecieron en él incienso a dioses ajenos, los cuales no habían conocido ellos, ni sus padres, ni los reyes de Judá; y llenaron este lugar de sangre de inocentes. Y edificaron lugares altos a Baal, para quemar con fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal; cosa que no les mandé, ni hablé, ni me vino al pensamiento. Por tanto, he aquí vienen días, dice Jehová, que este lugar no se llamará más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza. Y desvaneceré el consejo de Judá y de Jerusalén en este lugar, y les haré caer a espada delante de sus enemigos, y en las manos de los que buscan sus vidas”.

En lugar de educar a sus hijos para que alcanzaran el potencial dado por Dios para conectarlos con su Creador, los padres los estaban sacrificando a los ídolos. En nuestro tiempo, nos consideramos más altamente desarrollados, cultos y sofisticados. Desaprobamos a las culturas y a la gente que practica el sacrificio humano. Sin embargo, ¿pudiera ser que en nuestros días nuestros hijos sean también sacrificados a los ídolos de la actualidad en maneras más sofisticadas?

El contexto cultural en el que vivimos hoy en día, puede llevar a los padres, de una manera muy sutil, a descuidar las necesidades espirituales y emocionales de los niños y jóvenes. Debido a los desafíos económicos y sociales, los padres se sienten presionados a trabajar duro para ganarse la vida. Otros ponen mucho empeño en la promoción de sus carreras y les queda poco tiempo y energía para dedicar a las impresionables mentes jóvenes de la próxima generación. La neurociencia ha demostrado que los cerebros de los niños son formados en interacción con el clima espiritual, social, intelectual, emocional y físico que los padres y adultos crean. Incluso durante el embarazo se establecen las bases para el crecimiento futuro del niño. En la actualidad, los niños y jóvenes son constantemente bombardeados por los conflictivos valores culturales a través de los diferentes medios de comunicación, el ejemplo dado por los ídolos, así como por los amigos más experimentados de la escuela o el vecindario.

Piense también en los numerosos niños que crecen en zonas de guerra, los que son maltratados, que crecen en barrios donde hay violencia y pobreza. Muchos padres a menudo no están conscientes de que son responsables de poner las bases para el desarrollo posterior del cerebro del niño. Esta formación fundamental es una hermosa e impresionante tarea que Dios ha dado a los padres. Cuando los niños y los jóvenes son expuestos plenamente a los altos valores de crecimiento y desarrollo humano de Dios, sus mentes y sus corazones están protegidos por el poder del Espíritu Santo. Sí, pueden experimentar con cosas que nos causen preocupación, como parte de su desarrollo, pero en sus almas ha sido sembrada la semilla del evangelio. Los valores que reciban tendrán un impacto en sus vidas.

Es por ello que Jesús expresó su seria preocupación por la forma en cómo debemos relacionarnos con los hijos. En Mateo 18:6 Jesús dice: “Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar”. Esta expresión no parece encajar en la imagen que muchos de nosotros tenemos de Jesús, pero él es muy claro al respecto. Él valora a cada niño. Sabe mejor que nadie con quien estamos tratando. El enemigo anda como león rugiente buscando devorar a los niños. (1 Pedro 5:8).

El plan de Dios, revelado a Moisés, se aplica a todas las culturas y vecindades. Y como Jeremías, tenemos una tarea profética para ayudar a las familias a cumplir con esta tarea primordial. Los profetas nunca gustan al principio. Dan la impresión de molestar a la gente, pues tienen una manera de llegar al meollo del asunto. Pero al final a la gente le va mejor. Así que en la actualidad nuestra familia es parte de la iglesia local y de la comunidad, nos irá mejor y seremos bendecidos, si practicamos fielmente el plan de Dios que se encuentra en Deuteronomio 6.

## Circunstancias cambiantes

A medida que nos acercamos al regreso de Jesús, a menudo me pregunto cómo el gran enemigo esté tratando de adaptar su estrategia. Debe ser muy sutil. De joven crecí en los años sesenta y principios de los setenta, en las afueras de la capital de Surinam, una ex-colonia holandesa en América del Sur, cerca de Brasil. El ritmo de vida era muy relajado para nosotros de niños y no siempre estuvimos conscientes de las largas horas que nuestros padres trabajaban para ganarse la vida. Sin embargo, todas las mañanas, en el pueblo donde vivíamos, alrededor de las seis de la mañana éramos despertados por los cantos de los pájaros y una familia de vecinos adventistas que tenían su culto matutino. A medida que los primeros rayos del sol penetraban en la oscura noche, una a una se añadían más familias que empezaban a cantar y orar. Una vez al año teníamos la semana de oración. Todas las mañanas a las cinco de la mañana la comunidad de la iglesia se reunía en la iglesia para adorar juntos.

Mamá nos despertaría a las 4:30 a.m. Después de mucha protesta aceptábamos ir. Alrededor de las seis los miembros de la iglesia estarían afuera para dar la bienvenida al nuevo día con cantos y oración. Después de todo, era una grata experiencia dar la bienvenida al nuevo día de esta manera. Crecí en un ambiente donde la religión, la espiritualidad y la iglesia fueron mi mayor influencia. Los domingos en la mañana teníamos los Conquistadores, en las tardes las conferencias, los miércoles era día de oración, los viernes la sociedad de jóvenes. El sábado en la mañana la el servicio iniciaba a las 9 a.m. y no terminaría hasta entrada la tarde, alrededor de la 1 p.m. Por la tarde, después de una corta siesta nuestros padres irían a compartir folletos. Trataban de llevarnos con ellos. Los sábados de tarde teníamos el programa de Misioneros Voluntarios, conocido recientemente como el culto para Jóvenes Adventistas. Los sábados de noche teníamos sociales en la iglesia y los domingos en la mañana volvíamos con nuestro tren de actividades.

Pero eso no era todo. También teníamos que enfrentar a los molestos tías y tías de la familia de la iglesia. Siempre nos harían preguntas y deseaban saber cómo iban las cosas. No siempre eran discretos. Nos avisábamos entre nosotros cuando uno de ellos andaba cerca. Cuando se daban cuenta de que habíamos hecho algo que no estaba permitido, de manera amable nos llamaban la atención.

Teniendo hijos, ahora me doy cuenta de cuán importante fueron estas personas para mí. A su manera nos hacían saber que nos protegían, porque deseaban encontrarnos en la tierra nueva. Nos trataban como uno de los suyos. Nos brindaron atención. Nos amaron. Esto es lo que los niños y jóvenes de la actualidad están necesitando de manera desesperada, tanto en la iglesia como en la comunidad donde vivimos.

Muchos de los padres de hoy crecieron en un ambiente similar, donde la iglesia era un factor importante. Nuestro mundo cada vez se ve más diferente. En muchos lugares, nos toca vivir en culturas no cristianas, donde los miembros de la iglesia tienen que luchar para sobrevivir. En algunos lugares las comunidades eclesiásticas están prosperando. Pero cada vez más la globalización hace del mundo un pueblo donde los valores y las tendencias culturales se están extendiendo rápidamente entre la gente joven. En nuestro mundo, los niños y los jóvenes no crecen automáticamente con principios espirituales inspirados por Dios. Hoy en día muchos creen que cada quien tiene el derecho de definir lo que es bueno y verdadero para él o ella. No hay directrices absolutas. La gente tiende a tomar decisiones en base a como se siente, no en un nivel superior a ellos mismos. El valor de los individuos dentro de la familia sobrepasa cada vez más la autoridad que Dios da a los padres, quienes son los responsables de guiar a sus hijos. Muchos adolescentes hoy esperan la libertad para establecer sus propios límites. A menudo los padres carecen de las habilidades para orientar a sus hijos.

## El tiempo para invertir es ahora

Las investigaciones muestran que va en aumento el número de sociedades donde cantidades alarmantes de jóvenes están dejando la iglesia. En algunos casos, cerca del 50 por ciento dejan la iglesia antes de llegar a la edad de 20 años, lo cual no significa necesariamente que dejen a Dios. Esta misma investigación muestra que en los casos en que las Iglesias trabajan activamente con las familias y las escuelas de iglesia y de la misma manera involucran a los niños y jóvenes en las actividades de los cultos y los inspiran en los caminos de Dios, cerca del 80 por ciento tendrán un sentido de pertenencia. Nuestro propósito principal es ganar a la gente para la eternidad.

¿Sabían que 19 de 20 personas que finalmente se convierten en cristianos comprometidos lo hacen antes de cumplir los 25 años de edad? Después de los 25 años, nada más una de cada 10,000 personas son bautizadas. Después de los 35 es una de cada 50,000. Después de los 45, uno por cada 200,000. Después de los 55, uno por cada 300,000, después de los 65 uno por cada 500,000 y después de los 75 años de edad, nada más uno de cada 750,0000 personas. En principio, para la edad de los 13 años ya se ha tomado la decisión de creer en Dios. Por lo tanto, los más grandes esfuerzos evangelísticos están invirtiendo en familias con niños y jóvenes. El trabajar con las familias, niños y jóvenes no es andar de niñeros santos, comparado con otros ministerios como algunos pretenden pensar. Es evangelismo desde la raíz. Elena de White tiene una excelente declaración al respecto:

La sociedad se compone de familias, y será lo que la hagan las cabezas de familia. Del corazón "mana la vida" (Proverbios 4:23), y el hogar es el corazón de la sociedad, de la iglesia y de la nación. El bienestar de la sociedad, el buen éxito de la iglesia y la prosperidad de la nación dependen de la influencia del hogar**. (**White, 1952, MC, p. 269)

**“**La restauración y el levantamiento de la humanidad empiezan en el hogar. La obra de los padres es cimiento de toda otra obra. La sociedad se compone de familias, y será lo que la hagan las cabezas de familia”. (White, 1942, MC p. 269).

## Misión Posible

Para llevar a cabo esta tarea, tenemos que estar llenos del amor de Jesús para amar a las familias, a los niños y a los jóvenes. Basados en el amor de Jesús, la iglesia se convertirá cada vez más en la comunidad de discípulos que Jesús tiene en mente. Habrá el clima spiritual, emocional e intelectual, inspirado por el Espíritu Santo, donde es seguro estar. La gracia, el perdón y los principios bíblicos determinarán la calidad de nuestras relaciones. Las actividades de la iglesia serán divertidas y agradables. Se reconocerá el valor personal de cada niño y joven y se les involucrará tan pronto como sea posible. Habrá un espacio para que cada niño exprese el talento que Dios le ha dado. Todo esto estará aderezado de manera constante mediante la oración para que el Espíritu Santo llegue a sus corazones. Este es el principio fundamental: Cualquier cosa que deba llegar al corazón, primero debe entrar por los sentidos y tocar a la persona.

Vamos a llegar a los corazones de nuestros niños y jóvenes, cuando entremos en su mundo de desarrollo y seamos honestos con ellos. Desde el principio, la Iglesia Adventista estuvo consciente de esta realidad, mediante la dirección divina. Desde sus inicios, la Iglesia Adventista se percató que las familias, los niños y los jóvenes tienen que ser alcanzados en su nivel de desarrollo, donde jugar es un elemento importante. Jesús se relacionaba y se mezclaba con la gente. Él incluía a todos. Respondía a sus necesidades y luego les hacía la invitación: “¡Seguidme!” (White, 1942, p. 143). Esa es la esencia de todo, convertirse en discípulo de Jesús.

No tenemos tiempo que perder. Pronto terminarán los días de juego. Pronto se irán del hogar y de su iglesia local. ¿Habremos hecho todo lo que pudimos para conducirlos hacia el reino de Dios?

## Conclusión

Cuando nuestros muchachos estaban chicos y que salíamos a pasear en un día libre, apenas habíamos salido de casa, cuando preguntarían: “¿Papi, ya llegamos?” Cuando el camino es largo, tenemos que ocupar a los niños y jóvenes en algo positivo. Su energía desbordante, la necesidad de aventura, curiosidad, búsqueda y cuestionamientos, tienen que ser canalizados. Yo (Claire) generalmente tenía algunos juguetes, libros y dibujos, historias y algo para comer durante el viaje. A veces nos deteníamos y teníamos alguna pequeña actividad.

Alguien dijo una vez que la iglesia es como un tren. Viajando a través del tiempo vamos en camino a la ciudad celestial, la nueva Jerusalén, nuestro destino final. El viaje parece ser el correcto, desde nuestra perspectiva. Los compartimentos del tren son los diferentes ministerios de la iglesia.

Uno de los muchos compartimentos es el Ministerio de la Familia. Dentro de este compartimento las familias y los hijos tienen que festejar el gozo de la salvación, a través de la música, del testimonio, festividades santas, celebración y servir a los demás mientras viajamos a través del tiempo. Si nos involucramos con todas las personas, ninguna se bajará del tren de la salvación.

¿Estarán nuestros hijos en el tren? ¿Llegarán a su destino final? Que no se diga: “Si solo hubiera hecho esto. Si solo hubiera hecho aquello”. Dediquemos nuestras vidas y roguemos al Señor nuestro Dios (Josué 24:24), que hagamos todo lo que podamos para preparar a inspirar a los padres a una dedicación personal para que conduzcan a sus hijos al reino de Dios. Oremos por los padres, por cada familia y por cada niño de nuestra comunidad. Comprometámonos hoy a trabajar, jugar y orar con los niños para conducirlos con alegría al reino de Dios.

## Referencias

White, E. G. (1942). *Ministerio de Curación*. Nampa, ID: Pacific Press Publishing Association.

White, E. G. (1952). *El Hogar Cristiano*. Nashville, Tennessee: Southern Publishing Association.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

**Clair Sanches** y **Jon Sanches**, MA,son Directores del Departamento de Ministerio de la Familia para la División Trans-Europea de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de St Albans, Herts, England.

**APRENDIENDO A PERDONAR**

*Por Jongimpi Papu*

## Lect. bíblica: Génesis 50:15-21

## Introducción

Es verdad que “el perdón siempre parece muy fácil cuando lo necesitamos, y parece tan difícil cuando tenemos que darlo" (Anon). Es la gente que está muy cerca de nosotros, aquellos a quienes amamos, que con frecuencia nos resulta difícil perdonar. Lamentablemente, el amor no hace perdonar a quienes nos ofenden más fácilmente. Dentro del contexto del amor, a menudo es la herida constante la que tiende a irse muy profundo y hacer así que sea muy difícil perdonar. La capacidad de perdonar, por lo tanto, debe ser considerada como la más preciada virtud en toda relación. No es tanto la falta de amor, sino la incapacidad de perdonarnos unos a otros lo que tiene el potencial de destruir los buenos matrimonios. De acuerdo a Mateo 6:14, 15, la capacidad de perdonar abre la puerta para que Dios nos perdone a nosotros también. Cuando fracasamos en perdonar, obstruimos el canal de la gracia de Dios hacia nosotros.

En lo que se refiere a la Biblia, el perdón no es una opción, sino un imperativo para el cristiano. Es por eso que Pedro no le preguntó a Jesús si debemos perdonar, sino cuántas veces debemos hacerlo. La respuesta de Cristo fue bastante alarmante para Pedro, quien se había extendido a siete veces. La respuesta de Jesús es que debemos perdonar incontables veces, indefinidamente. Mientras estamos sufriendo, debemos perdonar. El perdón por lo tanto, está ligado a la curación y perdonar debe ser considerado como el antídoto para un corazón destrozado. No solo sana las relaciones, sino también sana el cuerpo físico. ¿Quién no conoce el efecto venenoso del resentimiento y la amargura? Douglas Weiss (2007) se refiere al perdón como un “estilo de vida” (p. 157). Así que perdonar forma parte de un estilo de vida saludable.

Sí, el perdón trae la curación, pero más que eso, el no perdonar es desobediencia. Es decir no al mandamiento de Cristo cuando se trata de perdonar a quienes nos ofenden. Sabemos que los mandamientos de Dios son para los que lo aman y aquellos a quienes se les han perdonado sus pecados. Dios no nos manda que obedezcamos para luego vernos luchar, como si tratásemos de impresionarlo. Él siempre está listo mediante el Espíritu Santo, para darnos poder y fortaleza para hacer su voluntad.

Ahora que sabemos que debemos perdonar a los demás de manera indefinida, nuestra única oración debiera ser: “Señor, enséñanos a perdonar”. La pregunta es: ¿cómo debemos perdonar a la gente que amamos, a los amigos que nos importan? ¿Cómo podemos llegar a ellos y ofrecerles nuestra mano en señal de perdón? La historia de José revela diferentes aspectos del perdón, los que nos ayuda a entender lo que la Biblia enseña acerca del perdón. Examinemos brevemente estos aspectos.

## Perdonar es por nuestro propio bien

Los hermanos de José le enviaron el siguiente mensaje: “… te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, …” (Génesis 50:17). Esta puede haber sido la primera vez que los hermanos de José claramente salen a pedir perdón. Pero para José, esta no era la primera vez que perdonaba. Leemos en los capítulos anteriores:

Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros … Habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos … Y allí te alimentaré … para que no perezcas de pobreza tú y tu casa … (Génesis 45:4-11).

Aunque no se utiliza la palabra “perdón”, José, sin ninguna súplica de sus hermanos, tomó la iniciativa de perdonarlos. Esto no fue hecho por debilidad o miedo a sus hermanos. Recuerden, José era la segunda persona más poderosa de Egipto. Todo lo que necesitaba hacer era decir una palabra y todos sus hermanos estarían muertos o en la cárcel. Los hermanos de José no solo se sorprendieron al descubrir que él estaba vivo, sino que obviamente temían por sus vidas, al recordar el mal que le hicieron. Su gesto hacia ellos de bienvenida fue recibido con duda e incertidumbre. Estaban en tal estado de conmoción y duda que ni una sola palabra de aprecio podía salir de sus labios.

Leemos en Génesis 50:15 que los hermanos de José contemplaron la idea de que José había pretendido perdonarlos por temor a su padre. Ahora que Jacob había muerto, pensaron que recibirían su debida recompensa por lo que le habían hecho. Está claro que el acto inicial de José no era una forma de diplomacia, sino un genuino ofrecimiento de perdón. Él no esperó a que sus hermanos viniesen arrastrándose a pedir perdón antes de que los perdonara. Se encargó de extender una mano cálida de amistad y reconciliación.

Fue principalmente por su propio bien que José perdonó a sus hermanos. Su acción no fue provocada por un acto de confesión y una súplica de perdón, él simplemente perdonó. El número de veces que José lloró, es prueba suficiente de que esta acción fue para su propio bien, para su curación y paz mental. Lo hizo por obediencia a Dios. Guardar rencor contra sus hermanos, cuando Dios había hecho tanto por él, sería una muestra de ingratitud a Dios. Si el perdón es un estilo de vida del ofendido, como se ha observado anteriormente, el que ofende no puede ganárselo.

No se nos demanda perdonar a quienes nos piden perdón. Esta no es una condición para perdonar. Debemos perdonar, porque hemos sido heridos, no porque se nos esté pidiendo perdón. El perdón es una actitud que debemos mostrar a quien nos ha lastimado, y no solo como respuesta a una petición. En principio, debemos perdonar, incluso si el ofensor nunca viene a pedirlo o a reconocer el mal que ha hecho mal. El perdón no es tanto por el ofensor, que puede pedirlo o no, sino para nosotros, los ofendidos. Nos hace libres y nos previene de un segundo daño, que es la amargura. Al perdonar, estamos eligiendo no amargarnos, pues la amargura es una pena auto-infligida.

Así que el perdón contiene y limita la pena, previniendo así que se propague como células cancerosas que destruyen todo el cuerpo. Es bueno para los que han hecho mal, pedir perdón. La palabra usada para ello en la Biblia es “confesión.” Aquí uno admite sus errores sin racionalizar ni buscar excusas. Esto es bueno para el alma, incluso si uno no es perdonado en el proceso. Desempeña un papel fundamental para lograr la reconciliación y restaurar la confianza. Sin embargo, la Biblia no nos enseña que debemos esperar la confesión de los que nos han hecho daño, antes de perdonarlos.

Una vez más, nosotros perdonamos, porque nos han hecho daño, no porque el ofensor haya venido a confesarlo. La verdad del asunto es que puede ser que el ofensor nunca venga a confesarse. En realidad, el ofensor puede morir sin tener la oportunidad de pedir perdón. Esto no es fácil. Sin embargo, no hemos sido llamados a hacer cosas fáciles, sino a hacer cosas imposibles, de ahí la necesidad de la oración. Perdonamos, porque podemos hacer todas las cosas a través de él, que nos fortalece. (Filipenses 4:13).

## El perdón es una opción para cancelar la deuda

Es muy interesante notar que los hermanos confesar sus errores, por temor a que Josué pudiera cobrarse lo que le hicieron. Lo que ellos estaban pidiendo era la cancelación de su deuda; que José no cobrara lo que le correspondía. Era la hora de la venganza, pero José se negó a cobrar; en lugar de ello, los perdonó. José tenía el poder para vengarse, para hacer que sus hermanos sufrieran por cada onza de dolor que había sufrido. Es fácil perdonar a quienes son poderosos, porque necesitamos todavía de su protección, ya sea física o emocional para sobrevivir. Eso explica una de las razones por las cuales la gente permanece en relaciones de abuso y continúan culpándose ellas mismas por el abuso. Las personas que están en tales situaciones, prefiere sufrir, que perder el sentido superficial de seguridad y protección provista por los abusadores.

La tentación que enfrentaba José era utilizar su poder para vengarse. Resistió a la tentación decidiendo perdonar. La venganza no acaba con la amargura, pero le prueba a los culpables que usted no es diferente a ellos. Usted está haciendo lo que ellos hicieron cuando tenían poder, lo que de alguna manera justifica lo que hicieron. Perdonar es pues, una declaración de reproche, es no estar dispuesto a dar una excusa por el abuso del poder. Es dejar de lado el deseo de venganza y abrazar la sanidad en su lugar.

Nadie tiene derecho a exigir el perdón. El ofensor no puede ni siquiera citar la historia de José como una manera de forzar al ofendido a perdonar. Ninguno merece ser perdonado y ninguno tiene el derecho de ser perdonado. Pedimos perdón, ya que no hay excusa por lo que hicimos. El perdón es una decisión que ejerce el ofendido. Lo hacemos, porque Dios lo dice así. Lo hacemos, porque es la única manera en la que Dios puede llevar a cabo la sanidad de nuestro corazón.

La venganza y el negarse a perdonar crea una ilusión de satisfacción. Es bueno ponerse a cuentas, pero esto inmediatamente nos crea dos problemas. En primer lugar, tendríamos que recordar esto cuando estamos del otro lado, pidiendo que nos perdonen. No debemos esperar que aquellos a quienes hemos ofendido nos perdonen. En segundo lugar, lo mismo se aplica a Dios; vivimos vidas perfectas, pero no podemos esperar que Dios nos perdone. Recuerden, que si nosotros no perdonamos a los demás, lo mismo nos será hecho a nosotros. La elección es nuestra.

## El perdón precede a la sanidad

Leemos en la historia: “Y José lloró mientras hablaban”. (Génesis 50:17). No está muy claro por qué José lloró, la Biblia no lo dice. Recuerden que esto fue cuando los siervos enviados por sus hermanos vinieron y le pidieron perdón. Los hermanos dejaron muy en claro el mal que le habían hecho. ¿Podría ser esta la razón por la que José lloró? Hay varias ocasiones donde se relata que José ha llorado. El último caso se registra en Génesis 45:2 donde se dice que José se dio a llorar a gritos; al punto que Faraón y sus siervos lo oyeron. Este fue el momento cuando José se dio a conocer a sus hermanos. Inmediatamente después de este llanto público, extendió su perdón a sus hermanos y prometió cuidar de ellos y sus familias.

Parecería, a juzgar por el relato, que el llanto de José está relacionado de alguna manera con su acto de perdonar. Otra cosa interesante es que José parece reconciliarse consigo mismo cada vez después de llorar. Esto puede verse en este texto: “…y entró en su cámara, y lloró allí. Y lavó su rostro y salió, y se contuvo…” (Génesis 43:30-31). No hay registro de que alguien lo consolara. El llanto pudo haber sido parte de la preparación de José para perdonar a sus hermanos. La venganza está diseñada para hacer que los responsables del daño lloren, sin embargo, el perdón hace que quienes están dispuestos a perdonar a otros, lloren. El llanto de José debe haber sido una forma de manejar la amargura y el coraje que tenía contenido dentro de él. Era una forma de lidiar con su doloroso pasado. Incluso en el momento cuando los hermanos vinieron a pedir perdón, las heridas pasadas de José pudieron haberse abierto, pero él fue capaz de reconciliarse consigo mismo y perdonar.

La pregunta que nos podemos hacer en este punto es por qué José lloraría de nuevo, cuando habíamos observado que ya había perdonado a sus hermanos, incluso antes de que ellos le pidieran perdón. Me gusta cómo Justin y Trisha Davis (2012), en su libro, *Beyond Ordinary* [Más allá de lo ordinario] comentan lo reiterativo del perdón, cuando mencionan:

Jesús le dice a Pedro que perdone setenta veces siete, no porque la persona a quien perdonemos lo necesite, sino por el resentimiento que puede tener tal arraigo en nuestros corazones, que tenemos que personar a esa persona muchas veces para nuestra propia sanación. (p. 148)

La respuesta entonces, es que aun cuando José estaba perdonando a sus hermanos por segunda vez, sentía tanto dolor como el que sintió la primera vez. Tenemos que perdonar a quienes nos ofenden una y otra vez, mientras el resentimiento y la amargura sigan teniendo un lugar en nuestro corazón.

José no esperaba que sus hermanos lo consolaran. Ellos le habían causado dolor y sufrimiento y él no iba a esperar que ellos lo sanaran. La sanidad de José venía de Dios y no de la confesión de sus hermanos y el que admitiera su culpa. Más adelante, les recuerda que ellos quisieron hacerle mal, pero Dios tenía un plan mejor. El “pero” canceló la mala intención de ellos y el perdón allanó el camino para la sanidad. Lo que viene después del “pero” es más poderoso y satisfactorio que el mal que lo precedía. Los hermanos no estaban a cargo, sino Dios. Su futuro estaba en las manos de Dios y nadie podía cambiarlo.

Una de las razones por las que batallamos para perdonar es que hacemos a los que nos hacen daño más grande que Dios. Pareciera que ellos tienen la última palabra en cuanto a nuestro futuro. Tenemos la facultad de perdonar, cuando reconocemos el control de Dios en nuestras vidas. En el libro de Romanos, Pablo hace eco de lo mismo cuando dice: “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien…” (Romanos 8:28).

Esta es una lección para nosotros en cualquier relación; no debemos esperar que la misma persona que nos hizo daño, sea la única responsable de nuestra sanidad. Sanidad y daño no pueden emanar de la misma fuente. Es el poder de Dios que nos da fortaleza para perdonar y continuar con el proceso de sanidad. José no podía consolar a sus hermanos, quienes estaban sufriendo bajo la enorme culpa, pues él había recibido consuelo y sanación de Dios.

## El perdón hace responsable al ofensor

José repitió la ofensa de sus hermanos, antes de que pudiera asegurarles su perdón. Les dijo: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien…” (Génesis 50:20). Los hermanos de José sabían que eran culpables. No trataron de racionalizar su comportamiento, ni buscaron excusas. Lo que hicieron estuvo mal y José estaba en su derecho de darles su pago por su mala acción. Es interesante observar que la disposición de José de perdonarlos, no le restaba importancia a su mala obra. José deja en claro que aunque él los perdona, lo que hicieron estuvo mal.

José no estaba bajo ninguna ilusión, no tuvo lesión cerebral, lo que le hicieron estuvo mal. No hizo ningún intento de socavar o hacer que su acción pareciera menos seria. Los encontraba culpable y no se culpaba por su acción. Esto podía también explicar por qué a José se le vio llorando en varias ocasiones. El pensamiento de lo que hicieron con él le traía todo el dolor emocional. No había hecho nada malo y no merecía lo que le hicieron. Estos eran sus hermanos, ¿cómo se les ocurrió hacer tanto daño contra su propia sangre? José fue lastimado y los hermanos hicieron mal. Aun así los perdonó.

Una de las razones por la que nos pueda resultar difícil perdonar a quienes nos han ofendido, es el temor a parecer que se está justificando lo que nos hicieron. Tememos que la cancelación de la deuda pueda en realidad interpretarse como que lo hicieron no era grave. Con frecuencia pensamos que pudiera ser más fácil perdonar a una persona si lo que hizo no fue demasiado malo, si no nos dañaron demasiado. No existe un punto al perdonar en el que lo que se hizo no fue demasiado malo, si usted no sufrió. Podemos solo verlo como un simple malentendido e ignorarlo. Pero cuando hay un plan deliberado para dañar y la mala intención de lastimar física o emocionalmente, el perdón se convierte en algo muy costoso, pero necesario.

Perdonar significa dejar ir, pero esto no debe interpretarse como “ignorar el dolor que representa abrir la puerta a la sanidad” (Davis, 2012, p. 183). Los responsables deben ser declarados culpables y rendir cuentas por su mala acción. Esto se convierte en la base para el perdón. Aquí es donde debemos tomar una decisión, ya sea para perdonar y dejarlos libres o no perdonar y convertirnos en sus esclavos. Se ha observado que mientras exista un prisionero, habrá necesidad de un guardia. Cuando pone en libertad al prisionero, en el mismo acto libera al guardia. Así sucede con el perdón, permanecemos esclavos de aquellos a quienes rechazamos liberar mediante el perdón.

El perdón que ignora el mal hecho, faculta al ofensor a repetir el daño. Esto no es perdón genuino; es un miedo al rechazo disfrazado. Permitimos a la gente que nos siga lastimando, cuando no los hacemos responsables por lo que hicieron. José tenía mejores cosas que hacer que sentarse a meditar en lo que los hermanos le habían hecho en el pasado. Hay mucho por lo cual vivir y el tiempo es demasiado corto. No queremos desperdiciarla con un cúmulo de resentimiento y amargura esperando que la vida pase.

## Perdonar no significa olvidar

¿Perdonamos y luego olvidamos? Obviamente José no sufría de daño cerebral después de extender su mano de perdón hacia sus hermanos la primera vez. Nos damos cuenta que incluso después de la muerte de su padre, José aún recordaba lo que ellos le hicieron. No solo lloró, sino que les hizo evidente que eran responsables del mal que le ocasionaron. Una razón por la cual José no podía olvidar lo que le ocurrió, es porque estaba ligado con la intervención de Dios. Fue a través de la mala acción de sus hermanos que Dios pudo llevar a cabo sus planes. Olvidar lo que hicieron, equivaldría a olvidar cómo Dios intervino para su propia gloria.

A todos nos gusta recitar la declaración de Elena de White (1923) que dice: “No tenemos nada que temer del futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido…” (p. 36). Es un hecho que el Señor nos ha conducido a través de la desilusión y el dolor. Olvidar la desilusión y el dolor, es olvidar cómo nos ha guiado. Podemos enfrentarnos a más dolor y desánimo en el futuro, pero no tenemos razón de temer. Esto también pasará, pero para tener esa actitud, no debemos atrevernos a olvidar el dolor por el que pasamos.

Algunas veces nuestro propio crecimiento queda marcado desde el momento en que fuimos lastimados y dañados por aquellos a quienes amamos. Querer olvidar el daño podría ser en realidad destruir la misma bendición que Dios dio a través de esa acción. Así que recordemos las lecciones que aprendimos mediante el sufrimiento y no tanto los inconvenientes por los que hayamos pasado. Recuerden que cuando el resentimiento y la amargura quieran apoderarse de nosotros y el deseo de venganza se nos haga atractivo, debemos de nuevo perdonar, no hay límite. Es el perdón el que finalmente destruye el resentimiento y el rencor y el no olvidar.

## El perdón no siempre lleva a la reconciliación

La pregunta que muchos pueden estarse haciendo es si el perdón conduce a la reconciliación o incluso si perdón y reconciliación son sinónimos. El temor que algunas veces albergamos es que una vez que la persona ha sido perdonada, la reconciliación debe venir como resultado; ese perdón genuino debiera llevar siempre a la reconciliación. En este relato, José no solo perdonó a sus hermanos, fue más allá y llevó a cabo la reconciliación. Nuestra tendencia es mezclar perdón con reconciliación. Kerry y Chris Shook (2010) tocan un punto contundente, cuando mencionan: “Perdonar es algo que uno decide hacer de manera instantánea, pero la confianza es algo que lleva tiempo restaurar” (p. 83). La reconciliación se construye en base a la confianza y no hay garantía de que la confianza se restaure después del perdón.

José fue capaz de reconciliarse con sus hermanos, como Elena G. de White (1958) lo menciona, pues “había visto en sus hermanos los frutos del verdadero arrepentimiento” (p. 233). Mientras que el perdón puede darse sin la confesión del ofensor, la reconciliación no es posible sin la confesión genuina y la admisión de la falta cometida. Existen casos cuando la reconciliación no puede ser posible. Esto no quiere decir que no exista el perdón genuino. La restauración de la confianza toma tiempo, como ya lo hemos mencionado, e incluso con esto no hay garantía de que se lleve a cabo.

Hay algunas ofensas que pueden requerir de mucho tiempo para que uno quede convencido de que hubo un genuino arrepentimiento, aun cuando haya habido confesión. Sin embargo, debemos ser cuidadosos y no queramos aprovechar que no hubo reconciliación como una forma de desquitarnos. Amargura y resentimiento no debieran ser razón para no reconciliarse. Pongamos nuestra mente en orden – el perdón lleva a la sanación; confesión y remordimiento conducen a la reconciliación.

## ¿Es esto posible?

La última pregunta que podemos estar tentados a hacer es si esto es posible hoy. Sí, José lo hizo, tal vez él pudo porque lo tenía todo. ¿Qué pasa con quien lo ha perdido todo? ¿Un cónyuge que en algún lugar sale positivo en la prueba de SIDA, debido a una infidelidad por parte de su pareja? ¿Un niño cuya vida nunca volvió a ser la misma a causa del abuso que sufrió por parte de sus padres? ¿Qué podemos decirle a estas personas, cómo podría consolarlos la historia de José?

En efecto, estas son preguntas desafiantes, pero el problema común a todas estas preguntas, es que tendemos a poner un alto total (punto) donde Dios ha puesto una coma. Descartamos el futuro a causa de las experiencias negativas del presente o del pasado. A menudo nos damos por vencidos, porque no podemos ver más adelante. José estuvo en la cárcel por un crimen que no cometió, pero se resistió a ser esclavo del resentimiento hacia la esposa de Potifar. La vida y el destino de José estaban en las manos de Dios, no en las manos de la mujer malvada. Así es como la Biblia refleja esta etapa de la vida de José:

Y tomó su amo a José, y lo puso en la cárcel, donde estaban los presos del rey, y estuvo allí en la cárcel. Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel. (Génesis 39:20, 21)

El mismo Dios que estuvo con él en los tiempos de éxito y gozo estaba con él también en la cárcel. Los que nos hacen daño pueden dejarnos profundas cicatrices, pero Dios nunca nos dejará. Darse por vencido cuando la gente nos lastima y nos decepciona va en contra de Dios y le resta poder. José estaba en la cárcel, pero era libre para perdonar, aceptar la sanidad y seguir adelante. Fue la actitud de José lo que cambió el ambiente en la cárcel y no al revés.

Jesús le dijo una vez a un hombre que había estado paralítico durante 38 años: “’Levántate y anda’” (Lucas 5:23). Conocemos la historia – hoy el mismo Jesús está diciendo a todos aquellos que hemos estado paralíticos por el resentimiento y la amargura por años; levántate y extiende tu mano de perdón a quien te haya lastimado tanto. Quien le ordena que se levante y perdone, está dispuesto a darle la fortaleza y el poder para hacerlo. Es la sanidad que usted necesita hoy, independientemente de lo que le depare el futuro. Hoy usted puede reclamar esa sanidad, a medida que extiende su mano hacia Dios, pidiéndole que le ayude a hacer lo mismo por quien le ha hecho daño.. Levántese y ande hacia un futuro mejor.

## Referencias

Davis, J., & Davis, T. (2012). *Beyond ordinary*. USA: Tyndale House Publishers.

Shook, C., & Shook, K. (2010). *Love at last sight*. USA: Waterbrooks Press.

Weiss, D. (2007). *Ten-minute marriage principles*. USA: Faithworld.

White, E. G. (1923). *Testimonies to ministers and gospel workers*. W: Review

and Herald Publishing Association.

White, E. G. (1958). *Patriarchs and prophets*. Nampa, ID: Pacific Press Publishing

Association.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

**Jongimpi Papu**, DMin,es Director del Departamento de Ministerio de la Familia para la División Océano Indico del Sureste de África de los Adventistas del Séptimo Día en Irene, Pretoria, Sudáfrica.

# HACIENDO DISCÍPULOS PARA JESÚS

*Por Pamela y Claudio Consuegra*

**Lect. bíblica: Mateo 28:19-20**

## Introducción

**[Usted puede contar su propia experiencia en la pesca o una como la siguiente]**

4:30 a.m.

“Es hora de levantarse” diría papá.

Era el reloj de alarma interno de papá que lo despertaría durante nuestras vacaciones “moteadas”. Me estoy refiriendo por supuesto, a la perca moteada. Eso es lo que los muchachos en el centro de la Florida le llamarían robalo y que papá y yo pescaríamos en las aguas del Lago Beresford.

Era la semana del año favorita de papá. El viaje para ir de pesca por largo tiempo esperado, fue el punto culminante de un largo año de reparar líneas de cableado para la compañía Southern Bell y trabajando en una pequeña granja. Me levantaría de la comodidad de mi cama para vestirme para el día de "cacería en lancha".

Generalmente era a mediados de la primavera a principios del verano, cuando reservaríamos por una semana en el Hontoon Marina in DeLand, Florida. El resto de la familia, mamá y tres hermanas, nos acompañarían, pero rehusarían atender a la primera llamada y mejor esperarían para unirse a nuestra aventura de pesca más tarde.

Papá y yo estaríamos desayunando en su restaurante favorito—un paradero de camiones de carga, cuyo nombre no recuerdo, pero no puedo olvidar que hacían el mejor atole y huevos. Era siempre un gusto platicar con los diferentes choferes que frecuentaban el lugar.

Con el estómago lleno, papá y yo regresaríamos al embarcadero, donde rentaría una plataforma para el Bass Tracker PF-16 que él había comprado para este dichoso evento anual. El bote estaría listo la noche anterior, siendo que papá no es de los que dejan las cosas para última hora. Se aseguraba que los palos de las velas estuvieran bien puestos, el tanque de gasolina llena, así como la comida empacada. No estaríamos de regreso para la hora de la comida. Según papá ir a comer era una pérdida de tiempo y vueltas. También se llevaba mucho tiempo pescar. Muchas veces un emparedado de bolonia, un paquete de galletas y muchas Coca Colas era de lo que se componía el menú para el banquete.

En la tienda del puerto compramos los pececillos que necesitaríamos y luego caminamos hacia el barco. A la primera señal del faro, iríamos mar adentro del St. John’s River.

El aire de la madrugada atravesaría mi ropa como alfileres. Aprendí que si le daba la espalda al viento, sería un poco más soportable. Lo que era mejor aún es poder sentarse detrás de papa y usarlo como escudo contra el penetrante viento. Todavía recuerdo el olor de su perfume Old Spice mientras nos íbamos a su área favorita de nenúfares. Después de quince minutos de temblor por el viento matutino, teníamos un pequeño pez en el anzuelo y entrábamos a los espacios entre los nenúfares. Cada inmersión traía una expectativa diferente de cuándo llegaría el primer golpe.

Papá tenía una extraña habilidad para atrapar el primer pez del día. Nunca admitía haber atrapado un robalo, hasta que oía el canto del carrete de su caña de fibra de vidrio. Para cuando oía el canto de su carrete, papa tendría el pez en el bote. Yo le preguntaría dónde atrapó el pez. “Por allá” respondería, sin señalar incluso solo moviendo su cabeza. Yo solo debía pasarla bien y dejarlo depositar el premio. Encontrar percas moteadas era mi mayor problema a resolver. Finalmente, trataría de averiguar cómo encontrar la presa cada vez más escurridiza. Solo seguir pescando.

Pescaríamos en la misma área de nenúfares al mismo tiempo, todos los días. Igual que en cualquier lugar papá pescaría, si los peces mordían, nos quedaríamos; si no, nos movíamos a otro lugar.

Por lo general esa era la rutina diaria: seguir intentando e intentando, hasta que tuviéramos éxito. Papá iba a maniobrar el bote con movimientos precisos, para evitar espantar el enjambre de peces que a menudo nos encontraríamos. Él controlaría el motor con un pie, pescaría con una mano, tendría su refresco en la otra mano, y todo ello sin acercarse demasiado a las ramas de los árboles a las orillas del St. Johns.

Me gustaría atrapar uno de cada tres que atrapa papá. Nuestro objetivo era alcanzar el límite. Con frecuencia nos acercábamos, pero no recuerdo alguna vez llegar al límite. Sin embargo, era divertido tratar. Intentaríamos muchas técnicas y hasta experimentaríamos con nuevas ideas radicales. Pero papá casi siempre se quedaría sumergiendo la carnada entre los nenúfares.

Al empezar a oscurecer nos dispondríamos a regresar a Hontoon Marina. Según lo lejos que estuviéramos, papá se enfilaba hacia la marina para llegar allí con suficiente luz para ver nuestro camino de regreso a la plataforma. Descargaríamos nuestra pesca en una hielera y la limpiaríamos en la estación de limpieza al final del muelle, bajo el ojo vigilante de un búho. El encargado de la marina nos dijo que si le dábamos uno de nuestros peces, nos dejaría en paz. Papá no estaba dispuesto a renunciar a una sola de sus capturas la primera vez que lo encontramos. Bueno, la primera vez que nos alejamos de la hielera, el búho voló, volcó la tapa de la hielera ¡y se fue con uno de nuestros peces! Entonces, seguro que nos dejó en paz para limpiar nuestros peces. Después de eso, sacrificaría un pez al búho cada vez que íbamos a limpiar nuestra pesca.

Ahora vivo en LaGrange, Georgia. Los recuerdos de papá y la pesca vuelven a mi memoria mientras pesco en West Point Lake. Las técnicas son un poco diferentes, pero el esfuerzo es todavía el mismo: sigue intentando hasta que los encuentres.

Gracias papá, por las lecciones que me enseñaste y el buen tiempo que pasamos pescando juntos. (Hyers, n.d.).

---------------------

Algunos de nosotros hemos ido de pesca cuando éramos jóvenes, mientras que otros jamás lo han hecho. Gran parte de la superficie de la tiera está cubierta por agua: océanos, ríos, lagos, etc. La mayoría de nosotros hemos visto pescar con sus redes o con sus anzuelos. Incluso Jesús utiliza la imagen de la pesca, a medida que llamaba a algunos de sus discípulos: “Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.Y les dijo: ‘Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres’. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron” (Mateo 4:18-20).

“Os hare Pescadores de hombres”, dijo Jesús. La iglesia ha tomado en serio esa promesa de Jesús y ha estado pescando hombres con eficacia durante los últimos doscientos años. Como Adventistas del Séptimo Día, hemos utilizado muchos métodos para pescar: estudios bíblicos personales, campañas evangelísticas, a través de los medios de comunicación (TV, internet, radio), el mensaje de salud y muchos otros. Como resultado, en poco más de 150 años la iglesia ha crecido de unos mil miembros localizados principalmente en el noreste de los Estados Unidos a más de 17 millones de miembros que viven por todo el mundo.

## Diferentes maneras de pescar

La pesca puede llevarse a cabo de muchas maneras diferentes. Probablemente la más común es con caña de pescar, línea, anzuelo y una especie de cebo o señuelo. La mayor parte de la gente que pesca de esta manera, lo hace con el objetivo de pescar para su consume o venderlo para consumo de otros.

Otra forma común de pescar, que es la que se utilizaba en los tiempos de Jesús, es con el uso de una red. La ventaja de este método es que son mayores las oportunidades de capturar más peces de una sola vez, a diferencia de la pesca con anzuelo.

Algunas personas no tienen la intención de quedarse con los peces, sino que prefieren utilizar la manera de “tómalo y déjalo”. Las personas que practican esta forma de deporte, simplemente quieren el desafío de capturar el pez más grande solo para dejar el anzuelo y soltar el pez para que regrese al agua.

Me temo que a veces en la iglesia hemos utilizado este método y poco después del bautismo de una persona es dejada al olvido, abandonada o incluso maltratada y deja la iglesia. . . algunos jamás regresan. Cuando Jesús llamó a sus discípulos para ser “pescadores de hombres” no quiso decir “pesca y consume” “pesca y deja que muera” o “tómalo y déjalo”. A lo que se refería era al alcance de nuestro trabajo. En otras palabras, pescar con una red cubre un territorio más amplio y generalmente se capturan más peces, así que nuestro enfoque debe ser amplio y alcanzar a tantos como sea posible.

Asimismo tenemos que considerar, que mientras Jesús utilice la imagen de la pesca de hombres, cuando invite a Pedro, Andrés, Santiago y Juan, quienes eran pescadores de hombres, para el resto de nosotros usó la imagen de “hacedores de discípulos” cuando nos dio su comisión evangélica: “’Id y haced discípulos...’” (Mateo 28:19).

Así que, ¿qué significa para nosotros ser “hacedores de discípulos?”

## ¿Se atrapa o se hace?

Aquí tenemos un par de cosas que debemos considerar.

**1. Los discípulos no es algo que atrapamos; los discípulos se hacen.**

Existe una gran industria que fabrica señuelos para pescar. Estas compañías se especializan en el arte del engaño – engañan a los peces haciéndoles creer que el movimiento del agua es algún animal que pueden comer, solo para encontrarse enganchados o atrapados en una red, cerca de perder su libertad y su vida.

Nosotros no queremos que alguien que está interesado en ser miembro de nuestra iglesia, sienta que fue atraído a una trampa, solo para encontrar que perdieron su libertad e incluso su vida.

## ¿Se atrapa o se crece?

**2. Como hacedores de discípulos no hemos sido llamados nada más a conseguirlos, sino para ayudarlos a crecer.**

Varias características ilustran el crecimiento que se lleva a cabo en la vida de un discípulo. Una de esas características es la *transformación*. El apóstol Pablo hace un contraste en la experiencia de un discípulo, cuando escribe en Romanos 12:2 para exhortar a sus lectores: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...” Esta transformación es un *proceso* en la persona, que dura toda la vida y empieza con la reconciliación de esa persona con Dios, un acto de su gracia, que resulta en la transformación final al regreso de Cristo.

Otra característica del discipulado es la *imitación*. Cada discípulo, independientemente de cuán ordinario o talentoso sea, es llamado a imitar a Cristo y llegar a ser como él. Elena de White (2000) escribió: “El verdadero discípulo tratará de *imitar* el Modelo. El amor de Cristo lo conducirá a la perfecta obediencia. Tratará de hacer la voluntad de Dios en la tierra, así como se hace en el cielo” (p.92).

Una tercera característica del crecimiento en el discipulado es la *enculturación*. El *Diccionario de la Real Academia Española* define enculturación como: “Proceso por el cual una persona adquiere los usos, creencias, tradiciones, etc., de la sociedad en que vive”. Este proceso permanente de crecimiento, implica descubrimiento y cambio, adaptarse a una nueva cultura y estilo de vida, adoptar nuevas ideas, valores y prácticas. El discipulado no es nada más enseñado, sino atrapado; es algo que se vive, no solo se cree.

Desde el punto de vista de la iglesia, nosotros como iglesia, debemos organizar nuestros ministerios para ayudar a integrar a nuevos miembros, con el fin de traerlos a la vida de la iglesia y mantenerlos involucrados en esa vida, para que podamos facilitar su crecimiento a una madurez espiritual.

El hacer discípulos toma tiempo. En la experiencia de Jesús y sus discípulos, se pueden ver algunas fases definidas, mediante las cuales él los llevó en el proceso de crecimiento hasta la madurez. Jesús marcó estas cinco fases con sus propias palabras:

1. “Venid y ved” (Juan 1:35-4:46). Esta “fase venid y ved” ocurrió en el período de cuatro o cinco meses cuando invitó a un pequeño grupo de discípulos a unirse a él y su ministerio, después de su bautismo en el Río Jordán. Jesús quería dar tiempo a estos hombres, para permitir que las semillas que él había plantado se asentaran en sus almas, de tal modo que cuando los invitara a un compromiso más profundo, estuvieran listos para responder.

2. “Venid en pos de mí” (Mateo 4:19 y Marcos 1:16-18). Esta etapa tuvo un período de diez meses, cuando los cinco, más otros, dejaron sus profesiones para irse con Jesús. Jesús les dio tiempo para que tomaran decisiones firmes. El resultado en los discípulos es que una vez que la semilla había germinado en ellos, inmediatamente siguieron a Cristo, como si se les hubiera dado una invitación y no una responsabilidad.

3. “Venid y estad conmigo” (Marcos 3:13-14). Esta etapa constó de un período de unos veinte meses, durante los cuales Jesús se concentró en los doce discípulos para que pudieran ir y predicar. Este período requiere de una inversión total. Lo primero que hizo Jesús al inicio de esta etapa, fue sentarlos y enseñarles los pilares del estilo de vida del creyente, en lo que conocemos como el Sermón del Monte (Mateo 5-7).

4. “Permaneced en mí” (Juan 15:4-7). Esta fase del discipulado empezó con el cambio más dramático al que se sometieron los discípulos, ya que Jesús los preparó para su salida al mundo y llevar a cabo su misión. Lo que Jesús quería que ellos aprendieran en esta etapa está contenido en Juan 14-21, mucho de lo cual se los dijo en el Tabernáculo. Es interesante notar que Jesús pasaba el 49 por ciento de su tiempo con los discípulos, y más tiempo aún a medida que acercaba su rostro hacia Jerusalén y la cruz.

5. “Id y haced discípulos” (Mateo 28:19). Esta fase final marca el fin del primer ciclo de entrenamiento del discipulado y comienza el segundo, esta vez son los discípulos los que dirigen la capacitación de otros discípulos. Durante su ministerio, Jesús fue quien hacía la invitación a hacer discípulos, pero después de su resurrección y ascensión, hacía su llamado mediante sus agentes, los misioneros cristianos. Es importante recordar en esta etapa, que la comisión de Cristo no era simplemente para atraer conversos, sino hacer discípulos, por lo tanto el objetivo de la iglesia es ayudar a los nuevos cristianos para que avancen hasta que lleguen al punto de llevar fruto, madurar y ser discípulos dedicados.

Una razón que es importante ver y comprender en estas fases del discipulado es que como iglesia aprendamos cómo frenar la pérdida de miembros nuevos. Mediante este método progresivo de formar discípulos, Jesús nos enseña cómo reducir el síndrome del abandono de manera significativa, **trayendo** **poco a poco a nuestros a nuestros aspirantes a discípulos a un compromiso total por etapas**. Debemos ser pacientes con los nuevos miembros, a medida que crecen y avanzan a la madurez. Nosotros, que hemos estado en la iglesia por muchos años aún no somos perfectos: ¿por qué entonces, esperamos que aquellos que se unen recientemente a la iglesia sean perfectos?

Ninguno de nosotros llegamos a la edad adulta de manera instantánea. Ninguno de nosotros hizo un salto gigante de su nacimiento a la juventud y luego a ser adulto; nos ha llevado años el crecimiento y aprendizaje.

## Etapas de crecimiento en el discipulado

Para recordarnos aun más de este traslado a la madurez como discípulos, el apóstol Pablo identifica tres etapas de crecimiento hacia la madurez:

**Etapa del recién nacido**

El apóstol Pablo deseaba que sus “niños” experimentaran los beneficios de la salvación y que mostraran sus frutos, así que los llevó al papel de una madre hacia sus hijos pequeños. Dice: “Aunque como apóstoles de Cristo hubiéramos podido ser exigentes con ustedes, los tratamos con delicadeza. Como una madre que amamanta y cuida a sus hijos” (1 Tesalonicenses 2:7 NVI). La imagen de este texto es la de una madre que alimenta y cuida con ternura de sus hijos. En esta etapa la madre no se ocupa de corregir cada error que hagan ni los carga con demasiada información, sino que en lugar de ello se asegura de establecer lazos con ellos para que se sientan seguros en su amor y aceptación. En este punto la forma primordial de instrucción es mediante el ejemplo.

Además de la protección y el amor, los nuevos discípulos necesitan la nutrición de la leche pura de la Palabra de Dios (1 Pedro 2:2-3). Tel recién nacido también necesita una familia, require del amor de las personas de la iglesia, así como también una comunidad solidaria de hermanos y hermanas que puedan “animarse y edificarse unos a otros” (1 Tesalonicenses 5:11, NVI).

## La etapa juvenil

A medida que los niños crecen, el papel de sus padres y su relación con ellos cambia también. En esta etapa, mientras que la madre quiere inculcar en sus hijos el corazón o el deseo de crecer en Cristo, el padre quiere preparar al joven a vivir una vida digna para Dios, vivir como un ciudadano del reino debe vivir. Pablo cambió asimismo, tanto sus métodos y su objetivo, a medida que asumía el papel del padre hacia sus hijos (1 Tesalonicenses 2:10-12).

En esta etapa los creyentes tienen que empezar a asumir más la responsabilidad de su propia vida y ministerio, así que Pablo los anima, consuela y exhorta (1 Tesalonicenses 2:12 NVI). Estas tres palabras tienen mucho significado al describir lo que Pablo, como su padre espiritual, espera que sea el curso de acción para estos creyentes en crecimiento. La palabra traducida como *animar* quiere decir: “llamar, suplicar, impulsar a seguir algún curso de conducta” (Vine, 1981) *consolar* quiere decir “aliviar, reconfortar, animar, estimular al cumplimiento serio de los deberes” (p. 208) y *exhortar* quiere decir testificar mediante la vida y acciones el valor y efectos de la fe” (p.225). Así que Pablo exhorta a los nuevos creyentes a vivir vidas dignas de Dios, también los alivia y anima en su intento. Juan también anima a los jóvenes “porque son fuertes, y la palabra de Dios permanece en ustedes, y han vencido al maligno” (1 Juan 2:14 NVI).

En este punto, los nuevos creyentes se beneficiarían grandemente de una atención personal, uno a uno de los discípulos más grandes, más experimentados. El propósito de que pasen este tiempo juntos es prepararlos para cumplir la misión para la que Dios los ha llamado y ayudarlos a medida que continúan desarrollando el carácter y las habilidades necesarias para cumplir con su llamado.

Jesús comprendía el valor y el poder de las relaciones de ayuda mutua. Como Elena de White (1896) menciona, él envió a los doce por los pueblos y aldeas, para que pudieran “ayudarse y animarse mutuamente, consultando y orando juntos, supliendo cada uno la debilidad del otro” (p.57). Jesús también entendía quiénes podían ir juntos, así como Juan, que tenía un temperamento tranquilo, iría con Pedro, que era más ardiente e impulsivo. También era importante que Juan, el más joven, estuviera junto con Pedro, el mayor y con más experiencia. Había no solo equilibrio, sino ejemplo mutuo entre los doce y más adelante entre los setenta (Schaller, 1978).

## La etapa de los hermanos y hermanas maduros

Pablo también se relacionaba con los miembros de la iglesia de Tesalónica como un hermano. Los nuevos discípulos han dado evidencia de que verdaderamente han abrazado el mensaje y la tarea, así que Pablo reconoce a estos hermanos y hermanas en la fe, pues “recibisteis la palabra de Dios. . . la recibisteis. . . según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13 RVR1960). Luego pasa a felicitarlos, porque padecieron persecución por causa del evangelio, pero permanecieron fieles.

Pablo ya no trató a estas personas como niños, o incluso como jóvenes, sino como sus hermanos, sus compañeros, iguales en estatura a él, y a causa de su madurez, ahora se siente libre para seguir adelante y dejarles la obra a ellos. No se trata de que los estaba abandonando u olvidando; en realidad, se mantuvo en contacto con ellos a través de sus cartas y recibía noticias de ellos mediante otros y continuaba orando por ellos.

## ¿Cómo puede la iglesia que hace discípulos ayudar a los nuevos discípulos a llegar a la madurez?

Una iglesia con un efectivo programa para hacer discípulos, les ayuda a satisfacer algunas necesidades especiales que los nuevos converses puedan tener en el proceso de adaptación a su nueva familia de la iglesia.

A. La necesidad de hacer amigos rápidamente

Una investigación de Lyle Schaller’s (1978) sugiere que entre más amigos tenga una persona en una congregación, menos probable es que esa persona se vuelva inactiva o deje la iglesia. Jim Cress (2000) y Win Arn (1998) añaden que el número de amigos que el nuevo cristiano hace durante los primeros seis meses de su vida en la iglesia, influye directamente para que la persona continúe como miembro activo o decaiga.

Al mismo tiempo, “usted no puede solo esperar que las personas hagan amigos en la iglesia; usted debe animarlos, hacer planes para ello, estructurarlo y facilitarlo” (Warren, 1995, pp. 224-225). Si después de *seis meses*, el nuevo miembro puede identificar pocos o ningún amigo cercano en la iglesia, las oportunidades son extremadamente altas de que esa persona pronto estará inactiva. Como el autor Ronald Sider (2005) escribe, el “factor de la amistad es el elemento más importante que determina si una persona permanece activa en una iglesia local, o la abandona”. Esa combinación de comidas, amistad, cantos, oración y estudios bíblicos, “invita y sostiene a muchas personas desanimadas al ir por el camino lento y continuo de la transformación personal” (26).

B. La necesidad de un sentido de pertenencia

Albert Winseman (2007) escribe que “pertenecer es lo que más probablemente lleva a creer. . . . Entre más ocupadas se encuentren las personas en sus congregaciones, más comprometidas estarán espiritualmente” (p. 26). A medida que las personas son llevadas a Cristo y a su iglesia, hay ocasiones cuando los miembros de la iglesia se topan con la resistencia por parte de los miembros de su familia. Algunos programas y servicios a través de los cuales la congregación puede ayudar a fortalecer la fe de las familias cristianas, así como también a alentarlas a llegar con su ministerio a la comunidad, puede incluir el compartir los alimentos, actividades sociales y recreativas, retiros y campamentos, redes familiares y grupos de apoyo (Garland, 1999).

C. La necesidad de recibir apoyo y tutoría de los miembros mayores

Los exdirectores de Ministerio de la Familia de la Asociación General, Ron and Karen Flowers, con frecuencia escriben acerca del valor de la *imitación* y el importante papel del ejemplo en el proceso de aprendizaje, porque las personas tienden a convertirse a quien o lo que admiran. Este principio se aplica a las relaciones en general y especialmente al hogar, donde la imitación es común: los hijos imitan a sus padres y hermanos; los esposos a menudo imitan uno al otro.

## Conclusión

Durante los últimos 150 o más, millones han llegado a ser miembros de la iglesia – algo de lo cual estamos muy felices ¡y alabamos a Dios!

Tristemente, sin embargo, durante ese mismo tiempo muchos han dejado la iglesia. Algunos pueden haberse ido, porque no estaban de acuerdo con uno o varias de las doctrinas de la iglesia. Tan triste como esto es, no podemos forzar a la gente para que crea lo que nosotros creemos. Otros pudieron haberse ido por diferentes desafíos personales – presión familiar, dificultades para adaptarse al estilo de vida Adventista, etc.

Nuestro temor y preocupación son aquellas personas que creen lo mismo que nosotros, han hecho cambios en su estilo de vida, están felices y emocionados por ser parte de la iglesia, pero que semana tras semana se sientan solos en medio de su nueva familia de la iglesia. Nuestra preocupación es que aquellos de nosotros, miembros de iglesia, que nos conmovimos de ver a nuevos miembros unirse a nuestras filas, no estamos hacienda nada por abrazarlos y ayudarles a medida que avanzan en la jornada de crecimiento en el discipulado.

Elena de White (1896) señala:

Hay que tratar con paciencia y ternura a los recién llegados a la fe, y los miembros más antiguos de la iglesia tienen el deber de encontrar la forma de proporcionar ayuda, simpatía e instrucción para los que han salido de otras Iglesias por amor a la verdad, y que en esta forma se han separado de la obra pastoral a la que habían estado acostumbrados. La iglesia tiene la responsabilidad de asistir a esas almas que han ido en pos de los primeros rayos de luz recibidos; y si los miembros de la iglesia descuidan este deber serán infieles al cometido que Dios les ha dado (p. 258).

Que sigamos siendo fieles pescadores de hombres. Que no simplemente atrapemos y dejemos ir. En lugar de ello, seamos buenos hacedores de discípulos, para que podamos retener al mayor número de nuevos miembros que se unan a nuestra familia y que podamos verlos crecer para que ellos mismos sean hacedores de discípulos.

## Referencias

Arn, W. & Arn, C. (1998). *The master’s plan for making disciples.* (2nd ed.). Grand Rapids, MI: Baker Books.

Cress, J. (2000) *You can keep them if you care: Helping new members stay on board*. Silver Spring, MD: GC Ministerial Association.

Enculturación. En *www.rae.es.com*.

Garland, D. (1999). *Family ministry: A comprehensive guide*. Downers Grove, IL: InterVarsity Press.

Hyers, C. (n.d.). *Daddy.* Retrieved from <http://www.fishingstories.net/daddy.html>

Schaller, L. (1978). *Assimilating new members (creative leadership series)*. Nashville, TN: Abingdon Press.

Sider, R. (2005). *The scandal of the evangelical conscience: Why are Christians living just like the rest of the world?* Grand Rapids, MI: Baker Books.

Vine, W. (Ed.). (1996). *Vine’s complete expository dictionary of Old and New Testament words*. Nashville, TN: Thomas Nelson Publishers.

Warren, R. (1995). *The purpose driven church*. Grand Rapids, MI: Zondervan.

White, E. (1896). *Evangelism*. Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Association.

White, E. (2000). *The faith I live by.* Hagerstown, MD: Review and Herald Publishing Association.

Winseman, A. (2007). *Growing an engaged church: How to stop “doing church” and start being the church again*. New York, NY: Gallup Press.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

**Claudio Consuegra**, DMin, y **Pamela Consuegra**, PhD,son Directores del Departamento de Ministerio de la Familia para la División Norteamericana de los Adventistas del Séptimo Día en Silver Spring, Maryland, USA.

# ALCANZADOS POR UNA PIZCA DE SAL

*Por Barna Magyarosi*

## Lectura bíblica: Marcos 9:33-50

Vivimos en una sociedad que se está volviendo cada vez más individualista, egoísta y en busca del poder, ¡pero no del poder en el carácter, por supuesto! No el poder para servir a los demás, sino poder para obtener lo que necesitamos. Poder para satisfacer nuestras necesidades reales o percibidas. Poder para hacer nuestra voluntad pase lo que pase.

Hablando de interacción y colaboración, Steven Covey (2004) escribe acerca de cuatro posibles maneras de relacionarnos con los demás: ganar-ganar, ganar-perder, perder-ganar, perder-perder. La mayoría de nosotros crecimos creyendo que si alguien gana, alguien más tiene que perder. Los juegos, competencias y deportes nos enseñan lo mismo. Los bienes y privilegios en la vida son como un gran pastel del cual todos quieren tomar la rebanada más grande que sea posible. Sin embargo, entre más se toma, menos queda para los demás.

Habiendo crecido en un país comunista, todavía recuerdo aquellas tardes cuando después de estar haciendo fila durante 3 horas en el frío congelante para comprar medio kilo de plátanos, mis dos hermanos y yo observábamos a mamá, mientras trataba de hacer lo imposible: cortar un plátano en tres partes iguales, sin crear una situación de ganar-perder. ¡Qué cuadro tan diferente hubiera sido, si hubiésemos tenido plátanos en abundancia! No habrían habido discusiones, ni contiendas en lo absoluto. Dios creó un mundo basado en el principio de la abundancia. Existen suficientes recursos para que todos estén felices y satisfechos. Dios creó un universo que funciona de acuerdo al principio de ganar-ganar. Sin embargo, Satanás no estaba contenta con la verdad de que todos pudieran ganar, y creó la triste realidad del pecado, que hace que la gente se sienta feliz solo si los demás pierden cuando ellos ganan (ganar-perder). Quería tenerlo todo, mientras otros perdieran o tuvieran menos. Por lo tanto, Jesús decidió restaurar el estado original de las cosas, al estar dispuesto a perder todo (perder-ganar). Y aparentemente, perdió todo, si no fuera por la provisión de un Padre amante e infinito, que por la virtud del sacrificio de Jesús pudo restaurarlo todo. Como resultado, nos enfrentamos a un enemigo que, sabiendo que él ha perdido, halla su felicidad en causar tanta pérdida como sea posible en el mundo de Dios (perder-perder). Es la actitud de un ejército en retirada, que destruye todo lo que encuentra a su paso, para satisfacer su ira al causar daño y dolor. Es la furia insensata de parejas que se divorcian, que venden sus propiedades por casi nada, solo porque si no se puede tenerlo todo, al menos que el otro también pierda.

Jesús enfrentó el mismo espíritu en sus discípulos, quienes a pesar de todo el amor, abnegación y cuidado desinteresado mostrados en Jesús, tenían dificultades para asimilar el mismo espíritu. Mientras se dirigían a Capernaum, retomaron uno de sus temas de discusión favoritos: “¿Quién es el mayor entre nosotros?” (Marcos 9:34). En nuestras palabras: “¿Quién es el ganador y quiénes son los perdedores?” Por supuesto, hoy no discutiríamos esta pregunta de manera tan abierta. Hemos aprendido a ser políticamente correctos, así que preguntamos: “¿Quién creen que muestra las habilidades necesarias de liderazgo para que sea el próximo dirigente de la iglesia, presidente de la asociación, etc.?” “¿Qué familias de nuestra iglesia comparten los mismos niveles de vida, de manera que podamos invitarlos a comer?”

El mundo de los discípulos no era tan diferente del nuestro en cuanto a ese espíritu. Los discípulos estaban constantemente expuestos al mismo espíritu que prevalece en nuestra sociedad actual. El ejército del opresor Imperio Romano daba la impresión de que el éxito se obtiene por la pura fuerza bruta. Diferentes partidos de la religión judía invitaban a sus seguidores a acceder a la supremacía, que surge mediante la piedad personal y los logros religiosos. Los filósofos y maestros proclamaban la omnipresente influencia del conocimiento y su poder para moldear el futuro.

En tal ambiente Jesús vino a enseñar a sus discípulos la grandeza de la humildad, el poder de la interdependencia y el gozo del servicio. Pero le tomó más de un intento para tener éxito.

Después de su llegada a Capernaum y confrontar a los discípulos con su actitud errónea, puso a un niño en medio de ellos y dijo: “El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió” (Marcos 9:37). Un niño es la personificación de la dependencia de otros: inmadurez física y espiritual, irresponsabilidad, comprensión limitada de la realidad, debilidad. En sorprendente contraste con lo que el mundo considera grandeza y garantía de realización. En la versión paralela de la misma historia, Jesús dice: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3).

¡Palabras fuertes! Sin embargo, parece que penetrar en la percepción de los discípulos era aún más difícil, ya que, como si se deseara cambiar el tema de la conversación y hablar de algo más interesante, Juan casi interrumpe a Jesús, al preguntarle: “Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue” (Marcos 9:38). ¿Cuál era la razón fundamental de la pregunta de Juan: ¿una profunda preocupación por el éxito del ministerio de Jesús? Lo más probable es que no. El podría haber tenido dos preguntas en mente, las dos tenían que ver con el asunto del prestigio. ¿Qué pasará si él hace obras en tu nombre, probará ser un fracaso y traerá la vergüenza sobre nosotros? ¿O si hace obras en tu nombre y su éxito es mayor que el nuestro? La pregunta de Juan demostró que los discípulos, aun cuando cambiaron el tema, no podían deshacerse de la misma preocupación respecto a la pregunta más fundamental de todas: “¿Quién es el mayor?”

La respuesta de Jesús les apela: “No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es”. (Marcos 9:39–40). Luego les habla acerca de los que obstruyen el camino a los demás, pues creen que no alcanzan el nivel de rendimiento que nos imaginamos. La palabra griega que repetidamente se usa aquí (skandalidzo) quiere decir “hacer que alguien experimente ira o disgusto, por lo que ha dicho o hecho; hacer que alguien se sienta ofendido, ofender” (Louw & Nida, 1989, 1:308-309). En otras palabras, si tus habilidades, dones, talentos, aptitudes te hacen creer que la contribución de los demás con menos capacidades que tú no es tan importante como la tuya, es mejor que la pierda, que perder tu salvación. Que no se malentienda. Dios y su iglesia necesitan gente que sea rica, talentosa y capaz, pero si esos dones se convierten en un impedimento para que él logre sus propósitos, es mejor no tenerlos. Las palabras de Jesús son fuertes, incluso ofensivas, pero hacen tomar conciencia de la verdad de que en su iglesia tenemos que incluir a todos, reconocer nuestra interdependencia y gozarnos en los logros de los demás.

En el pasaje paralelo, Mateo introduce en este punto la parábola de la oveja perdida, que transmiten la imagen de un Dios que está más interesado en una persona que admite que está perdida, que en noventa y nueve que creen que están a salvo.

Jesús, quien resume el meollo del asunto, lleva a término la discusión con las siguientes palabras: “Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. Buena es la sal; mas, si la sal se hace insípida, ¿con qué sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros”. (Marcos 9:49, 50).

¿Qué tiene que ver la sal con toda la discusión anterior? ¿Qué tiene que ver la sal con la paz? De hecho, en el antiguo Cercano Oriente, la sal era símbolo de los tratados de paz o pactos de lealtad. Cuando en los tiempos de Esdras los líderes de la oposición escriben una carta al Rey Artajerjes para expresar su preocupación por la reconstrucción de Jerusalén, se refieren a su lealtad al rey mediante la expresión “ahora porque de la sal del palacio estamos salados, no nos es justo ver el menosprecio del rey; por tanto hemos enviado para hacerlo saber al rey” (Esdras 4:14, JBS). En el mismo marco de pensamiento, cuando Abías se dirige a Jeroboam, le recuerda que el reino pertenece a David “bajo pacto de sal” (2 Crónicas 13:5 RVR1960).

La sal se usaba en la antigüedad como conservador y por lo tanto se convirtió en un símbolo de durabilidad. Pero para Israel, debió haber tenido otro significado, como se expresa en los sacrificios que apuntaban al sacrificio de Jesús. Dios demandaba de los sacerdotes levitas lo siguiente: “Y sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no harás que falte jamás de tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal”. (Levíticos 2:13). La sal era el símbolo del pacto eterno de Dios para la salvación de la humanidad. Representaba la esencia de la muerte de Jesús, su espíritu de sacrificio desinteresado, que en última instancia condujo a nuestra reconciliación con el Padre. (2 Corintios 5:18, 19).

La paz con Dios y la paz con los demás no es simplemente la ausencia de conflicto, sino la presencia de Cristo y su espíritu de sacrificio. El concepto hebreo de *shalom* significaba no solo paz, sino también bienestar, prosperidad, abundancia, que es en realidad, lo que originalmente Dios tenía destinado. Pero para comprender esto en la iglesia actual, necesitamos tener la mentalidad de la abundancia y el espíritu de sacrificio. Tenemos que entender que juntos somos más fuertes. Tenemos que utilizar más la sal para alcanzar a otros y no nada más buscar nuestro propio beneficio, sino también el bienestar de los demás (1 Corintios 10:24). Esta es una de las maneras en las que el Espíritu de Dios se manifestará entre nosotros y la gente que nos rodea sabrá que somos discípulos de Jesús.

He oído la historia de un abuelo que dio a su nieta un extraño regalo de bodas: un saco de sal. Puedo imaginar la curiosidad de los recién casados, que se convirtió en desconcierto al abrir los regales de bodas. ¿Qué podía ser eso tan pesado? ¿Qué había allí? ¡Qué sorpresa! ¡Un saco de sal! Pero viene acompañado de una bonita carta escrita a mano, con una petición aparentemente sencilla: “Prométanse mantenerse unidos, hasta que se hayan terminado mi regalo de bodas”. Y permanecieron juntos no solo porque se comprometieron bajo un “pacto de sal”, sino porque aprendieron a superar los desafíos de la vida diaria con el compromiso de apoyarse uno al otro.

Como familias dentro de una gran familia, debemos comprometernos bajo tal pacto de sal, la sal del espíritu de sacrificio de Jesús. Tratemos de encontrar en la iglesia y en la comunidad a nuestro alrededor, personas cuyas vidas se hayan vuelto insípidas y sin sentido, y lleguemos a ellas con una pizca de sal del amor, cuidado y sacrificio de Dios. ¡Que haya sal entre ustedes y vivan en *shalom*!

## Referencias

Covey, S. R. (2004). *The 7 habits of highly effective people*. New York, New York: Free Press.

Louw, J. P., & Nida, E. A. (1989). *Greek-English lexicon of the New Testament based on semantic domains (2nd Ed),* New York, New York: United Bible Society.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

**Barna Magyarosi**, ThD,es Director del Departamento de Ministerio Familiar para la División Intereuropea de los Adventistas del Séptimo Día, en Schosshaldenstrasse, Bern, Suiza.